

Junio 3.

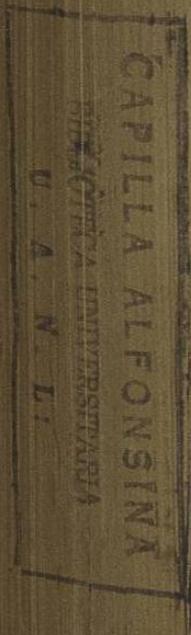
Luego que Antonio se marchó, me entregué á buscar un medio para que mis padres supiesen, sin gran disgusto para ellos, lo que habia sucedido. La penetracion de que dotó la naturaleza á las madres, vino en mi auxilio. La mia leyó en mi semblante que pasaba algo extraordinario en mi sér, y con esquisito tacto provocó una confidencia. ¿Fuí tan afortunada que logré convencerla de que la razon estaba de mi parte, y no de la de Antonio? Yo no lo sé; mas puedo asegurar que mi madre me escuchó con calma, sin interrumpirme, sin contradecir mis afirmaciones, sin reprochar mi conducta. Apenas hubo terminado, me dijo:

—Antonio era un buen partido; Antonio te convenia; pero no pretendemos contrariar tu voluntad, obligándote á enlazarte con un

hombre á quien, por lo que he oido, no amas ya. Por grandes que sean nuestras aspiraciones por verte rica y feliz, no creas que te sacrificariamos en aras de ese interés. Sin embargo, lo que no puedo ni debo ocultarte, es que ni por un instante debes acariciar la idea de unirte á Víctor. Podremos resignarnos á que no te cases con Antonio, á quien con a'guna prudencia de tu parte, habrias retenido; pero jamás, ¿lo oyes? jamás tolerariamos que descendieses de tu posicion para llamarte esposa de ese otro jóven, que tendrá buenas cualidades ó nó, mas carece de elementos para hacerte feliz. Advertido esto, hablemos de asuntos menos desagradables.

Intenté decir á mi madre que Víctor no tenia ya las pretensiones que ella le atribuia; pero todo fué inútil; las palabras no llegaron á salir de mis lábios, porque al abrirlos, me encontré sola, sola con mis pensamientos.

El sueño habria calmado la excitacion de mi cerebro; pero en vano quise dormir. No me preocupaba en lo más mínimo el rompimiento con Antonio; parecia que le habia yo



olvidado como si hubiesen trascurrido algunos años despues de la tarde que acababa de pasar. En cambio, Víctor, estaba fotografiado en mi alma; me parecia que se encontraba junto á mí; que todo lo sabia, y me invitaba á luchar con las contrariedades de la suerte, con la voluntad de mi madre. Despues entré á un nuevo órden de ideas. Es imposible, me decia yo, que quien tiene, como Víctor, tan levantada dignidad, tan firmes convicciones sobre lo que es el amor propio, bien entendido, se atreva á exponerse á las repulsas de mi familia. Además, ¿oyó acaso una sola palabra de esperanza? ¿le dejé entrever algo que le autorizase á pretender mi mano, y le impulsase á tomar una nueva resolucion? Víctor, continuaba yo, debe haber interpretado mi silencio como la mejor prueba de que no le amo, y debe tambien haberme hallado frívola, porque no supe contestar aquella su elocuente relacion, aquel adios sentido que pronunció entre las armonías del wals aleman. En seguida, poníame á estudiar una á una las palabras de

mi madre: *Víctor tendrá buenas cualidades ó nó, mas carece de elementos para hacerte feliz*; y me preguntaba ¿cuáles serán en concepto de mi madre esos elementos? La honradez, el amor, ¿nada valen, nada significan en la vida? ¿Solo los ricos pueden establecer una familia? ¿fundará mi madre la felicidad nada más que en el dinero? No debia yo extrañar tanto aquel modo de raciocinar, puesto que no hacia muchos dias que era el mio propio.

Mis cavilaciones aumentaban, mi corazon latia con violencia, y sentia yo que el insomnio, en vez de debilitarme, me daba nuevas fuerzas, me inspiraba una energía y un valor desconocidos, y me sentia capaz de arrostrar todos los sacrificios por llamarme esposa de Víctor. Por primera vez me atormentaba la idea de que el hombre que me habia amado tanto, pudiese, despechado, buscar en brazos de otra mujer el olvido de mi amor, y juré que Víctor, aunque se opusiese el mundo entero, habia de ser mio, mio para siempre.

Así pasé aquella noche, segunda en la vida, que dejaba un recuerdo imborrable en mi corazón.

Levantéme muy temprano y fuí á vagar por la huerta. ¡Qué espectáculo tan nuevo se ofreció á mi vista! Hasta aquel día habian sido un misterio para mí las escenas de la naturaleza. Nunca habia contemplado la salida del sol, elevándose magestuoso sobre los montes, dorando las nubes, besando á las flores. No sabia yo que con trinos armoniosos celebran las aves la vuelta del día, ni habia aspirado el delicado perfume que exhalan las violetas y los nardos á la hora del amanecer. Todo era nuevo para mí, que á las diez de la mañana acostumbraba dejar el lecho, lo mismo en México que en San Angel; y cuando sobre las ramas de un nogal ví dos avecillas juntando sus picos, en actitud de besarse, no pude menos de exclamar: *Así se juntarán los labios de Víctor á los míos*, cuando á despecho de todos seamos el uno del otro.

Lo que entonces sentí, lo que pensé en

aquel instante, ni puedo ni debo describirlo.

Habia yo pasado por una crisis, y al salir de ella mi trasformacion era completa. En breves dias se habia efectuado ese cambio en mí; y yo no podia dudar que á Víctor lo debia, á Víctor que despertó en mi alma sentimientos desconocidos, evocándolos con la magia de su palabra; á Víctor que, sin pretenderlo, descubrió un mundo nuevo ante mis ojos: el mundo del verdadero amor; á Víctor que, con decirme *adios*, me pidió, ó mejor decir, me obligó á amarle.

Marcaba el hasta aquí á su pasion, en el momento mismo en que encendia en mi pecho el fuego de esa pasion devoradora; callaba cuando sus palabras debian caer sobre mi corazón, como el rocío sobre la flor que espera esos diamantes para engalanarse; partia cuando era ya una necesidad para mi espíritu; procuraba olvidarme en el momento en que yo hubiera dado mi propia vida por hacer su felicidad.

Palabras sin sentido me habian parecido

siempre las que describian en los libros, las bellezas de la creacion, las dulzuras del amor, y ahora no solo las comprendo, sino que pienso que no se concibe ni puede expresarse, sino sentirse lo que el amor inspira. Las armonías de la música son débiles, los recursos de la poesía mezquinos para traducir esta sola palabra: *amor!*

¿Cuántas horas pasé en la huerta, imbuida en esos pensamientos? No lo sé, y en esa embriaguez dulcísima habrían trascurrido años enteros sin que sintiese yo su curso. Pero mi madre vino con su presencia á recordarme que está muy léjos el cielo de esta region que habitamos. Afortunadamente mi madre no fué en busca mía para renovar sus amenazas, sino para saber en qué me habia entretenido tanto tiempo. Y sin embargo, yo habria querido tener ocasion de probar mis fuerzas para la lucha que forzosamente habia de estallarse, más tarde ó más temprano. Me consideraba capaz de resistirla.

La niña se habia convertido en mujer

fuerte, y la mujer ambicionaba ostentar de una vez su energía y su resolucion.

Se me olvidaba decir que mi padre se encontraba en la ciudad desde el día anterior á la ruptura de mis relaciones con Antonio, y que le esperábamos en ese, cuyos recuerdos estoy apuntando aquí.

A la una, cuando íbamos á sentarnos á la mesa, llegó mi padre. Pero cuál no seria mi sorpresa al ver que no venia solo, sino en franca y animada conversacion con Víctor.

—Figúrense vdes., dijo al entrar, que el señor, que no me conoce sino superficialmente, dió una interpretacion falsa al olvido que padecemos con no ofrecerle nuestra casa cuando la honró por vez primera, y que debido á eso no se atrevió á volver. Como si yo me atreviese á cerrar á nadie mis puertas, y mucho ménos á quien es tan apreciable como el señor.

—Señor, mil gracias, contestó Víctor, con visible mortificacion.

—Nada, amigo mio, continuó mi padre, luego que Víctor hubo saludado á mi madre

y á mí; no debió vd. nunca confundirme con esos aristócratas, que porque tienen dinero, se creen con derecho á faltar á las reglas mas triviales de buena sociedad. Pero el mal está remediado, segun entiendo, desde el momento en que yo mismo he ido á buscar á vd. á su casa para traerlo á la mia. No hablemos más del asunto, y á comer como buenos amigos.

Yo siempre he amado á mi padre, pero al oírle expresarse así, al deberle la inmensa dicha de ver otra vez á mi lado á Víctor, mi amor rayaba en idolatría, y me hubiera arrojado á sus brazos y cubierto de besos su frente, en señal de gratitud, si no hubiese reflexionado que no debía hacerlo.

Comimos, y despues pasamos á la sala.

—Víctor, dije yo que hasta aquel momento no habia encontrado una oportunidad para significarle que era yo otra; Víctor, en prueba del placer que he tenido al volver á ver á vd. en esta casa, voy á tocarle *Las hojas en el aire*, wals que he aprendido des-

pues del baile á que concurrió vd. ¿Acepta vd?

—Me complacerá mucho, y nunca olvidaré la bondad de vd.

—Pues al piano.

Razon tengo para admirarme de la empresa que he acometido, al tomar la pluma para escribir estas *Memorias*. Me falta todavía mucho qué contar, y no tengo alientos para hacerlo. Continuaré mañana.

Junio 4.

Víctor, de pié junto al piano, con el pretexto de voltear las hojas de la partitura, me escuchaba con arrobamiento. Mis padres hablaban en el estrado con animacion, y creo que no se ocupaban de nosotros. A aquella pieza siguió otra, por indicacion de Víctor,

y en pós una á cuatro manos, que tocamos él y yo.

¡Qué dichosa me consideraba, viéndome así, tan cerca del hombre que llenaba mi corazón y mi pensamiento! Despues, era forzoso, abandonamos el piano, y la conversacion se hizo general entre los cuatro.

Mi madre estaba contrariada; pero nadie mas que yo podia comprenderlo.

Víctor, sin ser locuaz, sostuvo largo tiempo la conversacion, revistiendo de interés lo que en otros lábios habria parecido cansado y fastidioso.

El sol habia declinado, y mi padre quiso que diésemos un paseo por la huerta, con el fin de que Víctor la conociese. Ofreció entonces su brazo á mi madre. y ésta aceptaba gustosa, cuando mi padre se interpuso, diciendo:

—Los viejos, con los viejos, y los muchachos, con los muchachos.

—Será como vd. ordena, exclamó Víctor. Asuntos graves estaria comunicando mi

padre á su compañera, cuando ésta consagró toda su atencion á su marido.

Nada hay más cierto que aquello de *para cometer torpezas, un enamorado*.

Sin venir al caso, hablé de Antonio á Víctor, luego que me hallé á cierta distancia de mis padres, y ai punto comprendí que Víctor me amaba todavía; pero que temia sufrir una repulsa de mi parte. Adquirir este convencimiento y hacerle una confianza, todo fué uno. Procuré condensar en breves palabras la historia que ya tengo narrada, y más de una vez sentí cómo se estremecia Víctor, y cómo iba disipándose la nube sombría que se miraba en su frente, desde hacia más de un año.

Yo no sé si la fortuna, ó la fatalidad, nos condujo á aquella pendiente. Mil veces me he reprochado la ligereza de mi conducta; mil veces he bendecido aquella que será una *inconviencia* para los que lleguen á saberla; pero que para mí no merece otro nombre que la explosion, imposible de evitar, de un volcan hasta entonces ignorado.

Víctor, con un candor que apenas puede concebirse, me preguntó.

—Pero vd., ¿por qué ha hecho todo eso?

—Porque amo á vd., y quiero que me perdone lo mucho que le he hecho sufrir, contesté con una franqueza de que pocas mujeres se han atrevido á hacer uso.

Jamás una confesion como la mia fué mas espléndidamente recompensada: jamás oido de mujer percibió un himno de gratitud, mas eleuente. Víctor era ante mis ojos, no un hombre, sino un Dios, y yo no me habria cambiado en aquellos instantes por la reina mas poderosa de la tierra. Amaba y era amada. ¿Qué mas podia yo ambicionar?

Pero Víctor tenia que partir á las seis de la tarde, y fué forzoso separarnos. Antes, nos juramos amor eterno, y me prometió volver muy pronto y escribirme antes.

Tantas emociones en tan corto espacio de tiempo tenian fatigado mi espíritu, y busqué en el sueño el reposo que necesitaba. Pero el intenso placer, lo mismo que la aguda pe-

na, producen el insomnio, y no logré conciliar el sueño aquella noche.

Al dia siguiente, mi madre, reconoció en mi semblante las huellas que el doble insomnio habia dejado allí, y pareció alarmarse. Procuré desvanecer sus temores, y ella tuvo á bien no hablarme de Antonio ni de Víctor.

No pasaron muchos dias, sin que mi padre notara que el primero se habia alejado. Me preguntó la causa, y no vacilé en decírselo.

—Me parece menos malo este desenlace, me dijo, que cualquiera otro. Antonio, aunque posee un caudal digno de tenerse en cuenta, es un calavera que, si no cambia de conducta, acabará por ser un..... *borracho*.

Decididamente, mi padre no profesaba las mismas ideas de su esposa. Para él la honrodez era el mejor blason; para mi madre: el oro. Así, era racional suponer que se habia de declarar defensor de Víctor, al iniciarse la lucha.

Esta comenzó con motivo de la tercera visita de mi nuevo novio.

Como nada hay mas difícil de disimular que el amor, mi madre, sin necesidad de pedirme explicaciones, se cercioró de que entre Víctor y yo existía ya una union estrecha, y se propuso contrariarla con todas sus fuerzas.

Mi madre, aunque llena de las preocupaciones de familia, tiene talento, y sabe encontrar el medio más á propósito para conseguir el fin que una vez se propone. Conocía mi carácter y el de mi padre; por lo tanto, ni pretendió convencerme con razones, ni intentó aliarse á su marido. Fingió no comprender lo que pasaba, y aplazó para mas tarde la declaracion de las hostilidades. Necesitaba antes estudiar á Víctor para herirle á fondo.

Víctor, es excesivamente digno, y á la menor indicacion de un menosprecio, es capaz de prescindir hasta de la existencia, antes que dejarse humillar. Nadie respeta como él á todo el mundo; pero tampoco hay uno que sea mas susceptible que él en materia del respeto que cree merecer por esa misma causa.

Mi madre, no pasó mucho tiempo sin profundizar el carácter de Víctor, y una vez que conoció cuál era su lado vulnerable, allí dirigió sus tiros.

Junio 10.

Seis dias hace que no puedo escribir una sola página de estas *Memorias*. Y no es porque en esos dias hubiesen faltado sucesos que están íntimamente ligados á la historia de esta época de mi vida que me he propuesto escribir, sino porque la felicidad me ha embargado de una manera tan completa, que no me ha sido dado encontrar palabras para contar mi felicidad. He leído no sé dónde, que la tristeza, propia ó agena, puede describirse; pero que la dicha propia solo puede sentirse y nunca expresarse bien. Nada hay mas cierto que esa observacion. Por lo

que á mí toca, debo confesar que me encuentro tan dichosa con el amor de Víctor, que no quiero perder un solo instante recordando lo que pasó ayer, si no gozar hoy con escucharle, con adivinar sus mas ocultos pensamientos, con adorarle como no llegó á sospechar que supiese hacerlo la jóven insustancial, educada segun el uso actual entre las familia que son como la mia. Me encanta considerar cuál no será su sorpresa al hallarme rendida, tierna, y tal vez hasta elocuente. Porque su amor me ha trasfigurado; yo misma conozco que siento y pienso como no sentia ni pensaba antes de amar á Víctor; yo misma ignoré de dónde he tomado las palabras con que le expreso mi ternura y la resolucion de luchar si es preciso, para llamarme suya.

Ayer, luego que partió en el tren, corrí á mirarme al espejo y me ví bella, seductora, con expresion tal de felicidad en los ojos, con rosas tan lindas en las mejillas, que llena de orgullo exclamé: “Con razon me ama Víctor.” Quédeme un instante contemplando-

me, y dije despues: “A Víctor debo esta hermosura; yo nunca me habia juzgado hermosa, aunque mil veces me habian repetido que lo era.”

Cuando Víctor se vá, mi mayor placer consiste en mirar su retrato. Indudablemente pensaba en mí cuando se lo hicieron, y su faz varonil, su enérgica mirada, se suavizaron, y todo su semblante se revistió de un brillo de grandeza y superioridad que en otros no he visto.

Todos los días, en vez de hacer visitas, como acostumbraba yo hacerlo, consagro algunas horas al paseo de la huerta, que es extensísima; porque así, con el pretexto de obsequiar los deseos de mi padre que funda la salud en el ejercicio corporal, camino sin cesar de un punto á otro, recorro todas las calles de la huerta, examino todas las flores, y..... en todo creo fijarme, cuando solo pienso en Víctor.

La temporada me habia parecido eterna y fastidiosa hasta el dia de mi cumpleaños, y desde entonces acá, tiemblo y sufro cuando

recuerdo que en breve nos volveremos á México. Víctor me ha dicho que si es verdad que en la ciudad podremos vernos con mayor frecuencia, en cambio no lograremos hablar sino muy pocas veces. Tu familia volverá á sus antiguas costumbres; las exigencias de la capital son muchas, y sobre todo, me decía, la vanidad que hoy está dormida, despertará altanera, insoportable, y nuestro amor sufrirá, como sufren las plantas, cuando una lluvia frecuente no las riega en la época de su crecimiento.

Víctor tiene razon al hablar así. Yo misma le he indicado mis temores de que sucedan á estos dias de ventura, amargas horas de ausencia. Es verdad que nos hemos prometido escribirnos todos los dias que nos sea imposible hablar; pero esto no será bastante.

—Mis padres se acuestan temprano, le dije hace tres dias—así, no habrá obstáculo en que hablemos por el balcón á las diez de la noche, aquellos dias en que no me visites.

—No, Rosalinda, contestó Víctor, yo no puedo exigirte que hagas eso.

—Es cierto que nada me exiges. Yo soy quien te lo propone.

—Te adoro, como sola tú lo sabes, Rosalinda; no gozo sino al mirarte y al oír tu voz; pero no me agradaría que por complacerme, tuvieses que confundirte con la mayoría de las jóvenes mexicanas. Esas conversaciones nocturnas, por el balcón, hablan muy alto en contra de los amantes. Voy á explicarme. En primer lugar, todo el mundo piensa que la joven está burlando la vigilancia de sus padres, y menospreciando sus mandatos: en segundo, aparece que el hombre la obliga á cometer esas faltas por hacer alarde de sus relaciones. Además, Rosalinda, hay muchas gentes que no teniendo asuntos propios en que ocuparse, se entregan á fiscalizar los ajenos, y puedes estar segura de que todo el vecindario vá á encontrar una diversion en nosotros y vá á ponerse á escuchar nuestras pláticas. ¿Crees que podamos decirnos en esas noches, cuánto hemos sentido y pensado hasta aquel momento? El amor, Rosalinda, funda en el misterio el

mayor de sus encantos, y hablar por el balcon es publicar nuestros amores. Yo quiero verte circundada de una aureola de respeto y de consideracion, y no habria de exponerte nunca á que te juzgasen, como se juzga casi siempre á la mujer en nuestra sociedad.

—Pero al menos pasarás á verme? le pregunté llena de ansiedad.

—Pasaré, te lo prometo; mas no me quedaré horas enteras contemplándote desde el zaguan de enfrente. Gozaria, es verdad, al mirarte; pero creo ridícula esa costumbre, y mucho más cuando se puede entrar á la casa.

Yo, á pesar de que estaba acostumbrada á hacer lo contrario que Víctor decia, no pude menos que reconocer la justicia de sus observaciones, y resignarme á adoptar nuevo género de vida. Abrigaba yo el firme convencimiento de que habria en último caso acatado mi voluntad, aun cuando fuese contraria á la suya, y confieso que hubo un instante en que cruzó por mi pensamiento la idea de sugetarlo á aquella prueba; pero no

lo hice porque reflexioné así: “Si Víctor simplemente hubiese pretendido ostentar su conquista, en vez de evitar que hablemos por el balcon, me lo exigiria él mismo.” Entonces, para expresarle de alguna manera mi gratitud, tomé su mano y la estreché con amor.

Junio 13.

Habia yo oido muchas veces que las personas preocupadas ó supersticiosas, atribuyen al número 13 una influencia fatal en los sucesos de la vida, y cuando álguien decia que habia experimentado en sí mismo los efectos perniciosos de ese número, me burlaba de la persona que proclamaba semejante absurdo. ¡Quién me hubiera dicho entonces que una triste casualidad habria de afiliarme entre los preocupados y supersticiosos!